

mias, mas estaba de Dios que yo habia de salir de Mansilla sin raíces, y así me dejaron, y nunca comimos buenas migas. Verlo has en el segundo libro, si allá llegamos.

Paréceme que te leo los labios, hermano letor, y que me preguntas y me mandas que te diga muy en particular el discurso de mi vida y aventuras del tiempo que fui mesonera con tutores y viví con mi madre. ¡Oh necio, quien tal preguntas! ¿Qué vida quieres que cuente, sabiendo que bailaba al son que me hacia mi madre? Ea, déjame, no me importunes. Gentil disparaton. No pienes que lo dejo porque es de echar á mal, que cosas hice que pudieran entrar con letra colorada en el calendario de Celestina; pero no quiero que se cuente por mio lo que hice á sombra de mi madre. ¿Quiéresme dejar? Quitá allá tu real de á ocho. ¿Dinero das? Pues si tanto me importunas, habré de pintar algo, aunque no sea sino el dedo del gigante, que por ahí sacarás quien fué calleja. Una cláusula tenia yo ordenada para dejar en mi testamento en favor de una discípula: esa quiero poner aquí, y sea donacion entre vivos en favor de las plateras del meson, y servirás de ejemplo, de espejo y de aviso; pues ella es suma en que se suma y cifra lo que toca, y pertenece á cuáles y quiénes, cuándo y cómo, y para cuándo han de ser cual fui yo, que dice así. Y va medio en copla.

La moza del meson esto es en conclusion. En andar, gonce; en pedir, pobre. De dia, borrega; de noche, mega. En prometer, larga; en cumplir, manca. Antes de mesa, perrilla; despues de mesa, grifa. En enredos, hilo portugués; al fallo, puerco montés. Lo empeñado todo, lo vendido nada ó poco. Una alforja de bailar, y otra de trabajar. En la bolsa munición; en la cara siempre unción. Cumplir con todos; amistad con los mas bobos. Lo pagado pase; lo rogado no vale. De ordinario alegría, y siempre tapagija. Y aires volan, y á Dios que es esquila, que con decir viene mamá y rascar la cofia se avientan los nublados, y no debo mas.

Querria pedir á sus mercedes una licencia, y es para ser un poquito cuerda, y durar como de lana para enjagarme los dientes con una consideracion que me brinca en el colodrillo por salir á danzar en la boca, á ringla, con los diez y ocho. Ya soy cuerda. Dure lo que durare. Señores, los mis señores, compadeceos de esta pobre que tales alhajas de inclinaciones heredó de aquella que la parió una vez, y mil la tornó al vientre para renovar las marañas que en mí esculpí al principio. Créanme, que á veces me paro á imaginar que, si fuera verdad que las almas se trasiegan de cuerpo á cuerpo, como dijeron ciertos filósofos bodogueros, sin duda creyera de mí que tenia á meses las almas de padre y madre. Y pues va de seso, digo que ahora me confirmo en que todas las cosas tornan al principio de do salieron. La tierra se va al centro, que es su principio; el agua al mar, que es su madre; la mariposa torna á morir en la pavesa de quien fué hecha; el sol torna cada veinte y cuatro horas al punto donde nació y

fué criado; los viejos se tornan á la edad que dió principio á su ser; la espiga, madura y abundante de granos, se tuerce é inclina por tornar á la tierra de á do salió; y el ave fénix vuelve á morir en las cenizas que dieron principio á su vida. Y el hombre... ¿Dónde vas á parar, Justina? Pardiez, que si no me hablaras á la mano, por pocas parara en el miércoles de Ceniza, y dijera acuérdate, hombre, que eres ceniza. Mas no voy á eso, que cuando yo me hubiera de meter á predicadera de los encénizados, no me faltara qué decir, aunque no fuera sino lo que oí á un predicador que predicaba coplas de deleites; y viniendo á tratar del Evangelio de aquel día, dijo: «Hermanas, el Evangelio que se ha cantado en la misa de hoy dice que el día que ayunáredes unteis la cabeza y laveis la cara. Mas vosotras las mujeres, como en todo andais al revés, haceis esto á la trocadilla, que untais las caras y laveis las cabezas.» No me descontentó el puntillo de este padre ceniciento, porque valia cualquier dinero para si yo fuera quien le predicara, ó para él si el sermón fuera en la ronda ó entre las cercas ó en la lumbre asando castañas; mas en el púlpito, pardiez, que fué una de las catorce. Por otra parte, no me espanto, que quizá lo halló aquel bendito escrito en algun cartapacio de alquiler, y se le dieron con condicion que lo dijese todo como en ello se contenia, y emborrólo ó quizá de puro respeto ó de vergüenza. Tambien le excuso por ignorante. Pero ¿quién me hace á mí portazguera de púlpito ni alcabatera de echacuervos? Mas no importa, que las necias, digo, las mujeres, siempre tenemos pagado el alquiler de los cascabeles para entrar en esta danza; pero cierto que no iba á decir nada de esto de prédicas, sino que se atravesó el acho y birléle. Iba á decirles que echen de ver que no hace poco quien naciendo de tales madres seréfrena, ni mucho quien se desfrena, que las hijas son esponja de las madres. A fe que he estirado bien la cuerda. Ya hostezco. ¡Jesus, mis brazos! Entumida estoy; cansada estoy de tanto asiento, y enfadada de tanto seso. Ahora digo que no hay mayor trabajo que obligarse un hombre á hablar en seso media hora. Pardiez, yo temia que me nacieran rugas en las entendederas. Ya pensé criaba moho el molde de las aluluyas, y tetarañas el decir gracias. Ya me daba bríncos el corazon por decir de lo bien hilado; que los sentidos habituados á decir gracias son como danzantes de aldea, que si una vez se calzan los cascabeles para subir al tablado, no los harán detener cuarenta alcaldes de corte.

APROVECHAMIENTO.

No dice mal esta libre mujer, en que todas las cosas tornan á su principio; pero es culpable ella y otras de su jaez en no inferir de este punto que, pues el nuestro fué tierra, polvo y ceniza, obremos como quien teme al que puso al hombre este fin y paradero, y como quien agradece el haber salido de tal principio, y como quien ha de volver á Dios, que es universal principio.

PRIMERA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.

LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

De la romera bailona.

1.—DE LA CASTAÑETA REPENTINA.

Cancion de á ocho.

El gusto y libertad determinaron
Pintar una bandera
Con sus triunfos, motes y corona,
Y, aunque varios, en esto concordaron:
Libertad saque á Justina por romera.
El gusto saque á la misma por bailona.
Sea el mote: En Justina
De gusto y libertad hay una mina.

Si es verdadaro el título que los poetas dieron á la vida presente y á la inclinacion natural que mas florece, llamándola puerta del otro siglo, yo digo que los dos quicios de mi puerta, que son las dos mas vehementes inclinaciones mias, fueron y son andar sin son y bailar al de un pandero. Otros dirán que quieren su alma mas que sesenta panderos; mas yo digo de mí que en el tiempo de mi mocedad quise mas un pandero que á sesenta almas; porque muchas veces dejé de hacer lo que debia por no querer desempañarme. Dios me perdone. Con un adufe en las manos era yo un Orfeo, que si de él se dice que era tan dulce su música que hacia bailar las piedras, montes y peñascos, yo podré decir que era una Orfea, porque tarde hubo que cogiendo entre manos una moza montañesa, tosca, bronca, zafia y pesada, encogida, lerda y tosca, y cuando vino la noche ya la tenia encajados tres sonos, y los piés, con traerlos herrados de ramplon con un zapato de fraile dominico, los meneaba como si fueran de pluma; y las manos, que un momento antes parecian trancas de puerta, andaban mas listas que lanzaderas. Todo es caer en buenas manos; que quien las sabe, las tañe. Mas ¿qué mucho que fuese amiga de adufe, pues mamá en la leche la flauta, tamboril de mi agüelo, el que murió con la gaita atorada en el gazzate?

Antes que pase adelante, quiero contar un cuento á propósito de la gaita que tapó á mi abuelo las vias. A un comediante oí yo una vez apostar que nadie acertaria, como es posible, tapar siete agujeros con uno ó uno con siete. Yo, acordándome de la muerte de mi abuelo, dije que los siete agujeros de la flauta los tapó mi abuelo con un agujero del gazzate, y el uno del gazzate con los siete de la flauta. Con esto gané la apuesta, que fué

unos chapines, con que me engreí, aunque miento, que con ellos me humilló mi novio. Pero esto no es de aquí, sino del medio. Así que, el un quicio ó polo de mi vida fué ser gran bailadora, saltadera, adufera, castañetera, y la risa me retozaba en el cuerpo y de cuando en cuando me hacia gorgoritos en los dientes.

La segunda inclinacion era andar mucho. Hubo un emperador que dijo que la mejor comida era la que venia de mas léjos; y yo sentia que la mejor romería y estacion era la de mas léjos. Decia la otra: El santo que yo mas visito es san Alejos. A la verdad, esto de ser las mujeres amigas de andar, general herencia es de todas; y cierto que muchas veces he visto disputar cuál sea la causa por qué las mujeres generalmente somos andariegas, y será bien que yo dé mi alcaldada en esto, pues es caso propio de mi escuela.

Un librito que se intitula *Cortes de las damas* dice que en las cortes de las damas que se celebraron en el Parnaso se propuso esta cuestion, y que sobre ella hubieron varios pareceres. Unos dijeron que la primera mujer fué hecha de un hombre que estaba soñando; y que el sueño era que andaba por la posta una gran jornada sin saber adónde iba ni para qué, y que así salieron las mujeres tan andariegas, que salen de casa, y si les preguntais dónde, dirán que van á salir de casa y no hay mas cuenta. Otro reprobó este parecer, diciendo que tan viva y despierta inclinacion de andar no pudo tener principio en andador soñado; y así, dijo que pensaba que el pedazo de hueso ó carne de que fué formada la primera mujer fué hecho de tierra de mina de azogue, que es bullicioso, inquieto y andariego. Otro dijo: No fué eso, sino que en realidad de verdad la mujer fué hecha de un hombre dormido, y él, cuando despertó, tentóse el lado del corazon; y hallando que tenia una costilla de menos, preguntó á la mujer: Hermana, ¿dónde está mi costilla? Dámela acá, que tú me la tienes. La mujer comenzó á contar sus costillas, y viendo que no tenia costilla alguna de sobra, respondió: Hermano, tú debes de estar soñando todavía. Yo mis costillas me tengo, y no tengo ninguna de mas. Replicó el hombre: Hermana, aquí no hay otra persona que me pueda haber descostillado; tú me la has de dar ó buscarla. Anda, ve, búscala y tráemela aquí. La mujer se partió, y anduvo por todo el mundo pregonando: Si alguno hubiere hallado una costilla que se perdió á mi marido ó

supiere quien tiene alguna de mas, véngalo diciendo, y pagaráselo el hallazgo y el trabajo. Y de aquí les vino á las mujeres que como la primera iba pregonando, ellas salen bocineras, y como nunca acaban de hallar quien tenga una costilla de mas, nacen inclinadas á andar en busca de la costilla y viendo si hallan hombres con alguna costilla de sobra. Bien veo que es blasfemia para creida y fábula para reida, y para entendida símbolo y catecismo no malo. Pero vaya de cuento. Llegó á las cortes un enamorado, y dijo: Las mujeres son cielos acá en la tierra, y por esto andan en perpetuo movimiento como los cielos. Bien hubiera dicho este galán, si las mujeres fuéramos incorruptibles como los cielos, pero ni lo somos ni él las buscaba así. Muchos pareceres hubo que, por estar algo desarropados, no osan salir al teatro, y tambien por dar lugar á que salga uno muy acertado, el cual dió la doncella Teodora; el cual no solo alcanzó la razon de ser las mujeres amigas de andar, pero declaró la causa por qué todas en la mayor parte somos amigas de bailar, en lo cual venció el parecer de otra discreta dama que afirmó solo ser natural á las mujeres el andar mucho, y que si son tambien amigas de bailar, es por andar. Y vese en que las que pueden andar mucho, no bailan, sino andan; pero las que no tienen herencia para andar mucho, bailan mucho, porque ya que no andan en largo, andan en ancho. Este parecer hace mucho agravio á todo el hombruno, porque es decir que son tan locas como el otro que se paseaba todo el día sobre un ladrillo solo, y si le reñían, decia: Necios, cuando viene la noche, tantas leguas he andado yo como un correo de á pié, sino que lo que él anda á lo largo, lo ando yo en redondo. Pero la doncella Teodora dió mejor en el punto, y de cada una de las dos inclinaciones de andar y bailar dió su distinta razon, aunque en alguna manera redujo ambas cosas á un principio y razon, y dijo así:

Habéis de suponer, ilustres madamas y deifises, que aunque es cosa tan natural como obligatoria que el hombre sea señor natural de su mujer, pero que el hombre tenga rendida á la mujer, aunque la pese, eso no es natural, sino contra su humana naturaleza, porque es cautividad, pena, maldicion y castigo. Y como sea natural el aborrecimiento de esta servidumbre forzosa y contraria á la naturaleza, no hay cosa que mas huyamos ni que mas nos pene que el estar atenuadas contra nuestra voluntad á la de nuestros maridos, y generalmente á la obediencia de cualquier hombre. De aquí viene que el deseo de vernos libres de esta penalidad nos pone alas en los piés. Vean aquí la razon por qué somos andariegas. Y la que hay para que seamos tan amigas de bailar es la siguiente: En el bailar hay dos cosas: la una es andar mucho, y la otra es alegrarnos mucho con el alegre son. Y como en el estar sujetas hay dos males, el uno estar atadas para no poder salir donde queremos, el otro estar tristes de vernos oprimidas, y tanto, que no hay necio á quien no le parezca que hace suerte en decir mal de nosotras, como si fuéramos todas burras de venta y en mala fe-

ria, que para ser compradas hayamos de ser vituperadas, y como en el bailar hay dos bienes contra estos dos males, el uno el andar, y el otro el alegrarnos, tomamos por medio estas dos alas para huir de nuestras penas, y estas dos capas para cubrir nuestras menguas. Y esta es la causa por qué somos tan amigas de la baila, que encierra dos bienes contra dos males.

Celebróse mucho este parecer en las cortes, dando á Teodora la palma de discreta por una resolucion tan atinada. Así que, señores, no se espanten que Justina sea amiga de bailar y andar, pues demás de ser herencia de abuelas, es propiedad de muchas, especialmente de todas. Verdad es que yo aumenté al mayorazgo lo que fué bueno de bienes libres; porque en toda mi vida otra hacienda hice ni otro tesoro atesoré sino una mina de gusto y libertad; de modo que, aunque entre la libertad y el gusto hubieran sucedido las discordias que fingen los poetas, podrás creer que yo sola bastara á ponerlos en paz, dándoles en mi campo franco para dibujar en mí sus blasones, trofeos, victorias y ganancias. Que cuando el gusto me considera tan bailona, y la libertad tan soltera y tan tronera, se contentan uno y otro con tener por armas y divisa á sola Justina, única amada suya y propia mina de todos los deleites suyos, confusion mia, escarmiento tuyo.

Muertos pues mi padre y mi madre, y entregados ya mis hermanos en el cuerpo de la hacienda y aun en el alma de ella, que es la bolsa, sin decir mas misas por sus ánimas que si murieran comentando el *Alcoran* ó haciendo la barah, tomé ocasion de andarme de romería en romería con achaque de hacer algo por ellos, porque se me deparase quien hiciese algo por mí. Y á fe de veras, que si ahora no tuviera mas malicia que entonces, valiera mi saya un manto de barato; verdad es que era moza alegre y de la tierra, y en viendo bailar me retozaba la risa en el cuerpo. Y para hacer yo cada semana siete romerías de á nueve leguas cada una, no habia menester mas razon que ver andar la veleta de abrego. La primera que hice despues que murió mi madre fué Arenillas, la cual contaré por extenso, por cuanto en ella sucedieron cosas dignas de memoria. Es Arenillas un pueblo que cae junto á Cisneros, donde hay la behetría, de la cual dijo el otro bellacon que preguntó al diablo si entendia los aranceles de aquella behetría; y respondió que toda una noche habia estudiádoslos y no los habia podido entender. A esta romería fui desde mi casa de Mansilla. Salí de noche como cigüeña que va á veranadero. Aunque miento, que á las cigüeñas nunca hombre las vido salir; mas á mí me vió un tabernero, por señas que me dijo, viéndome ir vestida de colorado: Colorada va la novia, ella resbalará ó caerá. Mal haya quien no le dió doscientos por adivino. Pues en efeto de verdad, ya que no caí, resbalé. A Arenillas llegué á las doce del día, á lo menos entre once y mona, cuando canta el gocho. Holguéme de ver en campo raso tantos campesinos, que me olian á camisa limpia, que son los

ámbares de aquella tierra. Viendo tanta gente, dije á mí vergüenza que me fuese á comprar unos berros al Alhambra de Granada. Luego, como buen predicadero, di una vuelta al auditorio con los ojos, y no sé qué fumeciños me dieron, que me parecia otro mundo. Vi de lejos que habia baile, y pardiez, no me pude contener, que sin apearme de la carreta, puse en razon mis castañuelas, y en el aire repiqué mis castañetas de repica punto á lo deligo, y di dos vueltas á buen son. Fué este movimiento tan natural en mí, tan repentino y de improviso, que cuando torné sobre mí y advertí que habia hecho son con las castañetas, si no viera que las tenia en los dedos, jurara que ellas de suyo se habian tañido, como las campanas de Belilla y Zamora. Yo habia oido decir que afirman doctores graves que cuando dos instrumentos están bien templados en una misma proporcion y punto, ellos se tañen de suyo, y entonces me confirmé en que era verdad; porque como mis castañetas estaban bien templadas y con tal maestría, que estaban en proporcion de todo pandero, no hubieron bien sentido el son, cuando ellas hicieron el suyo, y dispararon una castañeta repentina para que dijese á los señores panderos, acá estamos todos, como el bobo de Plasencia, que escondido de una dama debajo de la cama, luego que vió entrar el galán, salió de adonde le habia metido la dama, y dijo: Acá tamo toro. Quizá pudo ser que aquella castañeta repentina se causó de que las castañetas retozaban de holgadas; y no me espanto, supuesto que en aquel momento se cumplian veinte y cuatro horas que no sabian qué causa era siquiera un adarme de golpecito.

Oyó el son un primo mio, que guiaba el carro, y no tanto por mal ejemplo que tomase, que tambien él era de los de la baila, ni por pena que tuviese de ver bailar antes de misa, sino por temor de que no se le espantasen las mulas, que eran nuevas, me riñó á lo socarrón, diciendo: Prima, muy á punto venian esas tabletas de san Lázaro; muy poca teneis vos de la muerte de vuestra madre, mi tia, y de la de mi tio, vuestro padre, que Dios tenga en el cielo. Pardiez, si entonces tuviera mi vergüenza en casa, yo me corriera; pero como no habia venido de la Alhambra, donde la despaché por berros, llamé al enojo, y con su ayuda dije: Tenga en el cielo, tenga en el cielo. Por cierto tenga, porque segun vuestro tio era de hurgandilla y amigo de husmearlo todo, y segun era cohete y busca ruido como su sobrino, y segun era amigo de verlo y escudriñarlo todo, sin parar en ninguna parte, imagino que, si posible fuera salirse las gentes del cielo, no le pudieran detener allá ni detenerle de que nos viniera á ver y tantear los pasos y contar si las castañetadas fueron una ó dos, como si fuera caso de inquisicion, que se examinan los relapsos. Mira ahora, ¿para una castañeta repentina que se le podia soltar á un ermitaño tanto ruido? Pardiez, ello medio bobería parece; mas dijela con enojo, y luego pedí perdon á Dios. Prosiguiendo mi enojo, le dije: ¿Juraréis vos que fué castañeta lo que oistes? ¿Berros se os antojan? Aguardad, N-11.

que luego os los traerá una criada mia, á quien envié por ellos al Alhambra. Bobo, tocan á misa, ¿y piensa el muy majadero que las repicamos á buen son? En diciendo que dije esto de la misa, un esgrimidor que estaba junto á nosotros, que siempre me depara la ventura con gente de esta cazolada, me dijo: ¡Oh, qué lindo! ¿Misa ahora? Por Dios, señora hermosa, que lo que es misa voló, que en este punto dice la postrera el cura de Guaza, por señas que entre *Dominus vobiscum* y *Amen* no dejaba tragar saliva al monacillo. Que aunque se puede pensar que lo hace por no hacer falta á un convite de boda, pero creo que es porque los clérigos no dicen misa despues de medio día. Con todo eso, fuimos allá, y no con poca prisa, y todo fué necesario, que por pocas no oyéramos misa; mas si plugo á Dios, llegamos al *Ite missa est*, y entre tanto que duró el oírle, encomendé á Dios mis padres y abuelos y todo el estado eclesiástico y la casa real, los buenos temporales, la paz de los príncipes cristianos, los pecadores y pecadoras en mis pobres oraciones. Ello poco tiempo fué, mas la oracion breve diz que penetra los cielos; y aun en una oracion de ciego oí decir que las oraciones breves, si son fervorosas, son como barreno de gitano ó como ganzúa de ladron, que en un soplo hacen su efecto.

APROVECHAMIENTO.

Muchos y muchas de las que en nuestros tiempos van á romerías, que van á ellas con solo espíritu de curiosidad y ociosidad, son justamente reprehensibles y comparados á aquellos peregrinos israelitas que, caminando por el desierto adonde Dios les guiaba, dieron en ser idólatras. Y nota el modo de oír misa que se pinta de esta mujer libre y olvidada de Dios.

2. — DEL ESCUDERO ENFADOSO.

Villancico.

Muy bien la hablé yo,
Mas ella me respondió,
Jo, jo, jo, jo.

Un muy gordo tocino,
Obligado de Medina,
Quiso servir á Justina
De galán y de escudero:
Ofrecióla vino y pan,
Queso, tocino y carnero,
Y ella le ofreció un no quiero
Tan gordo como el galán.
Muy bien la hablé yo, etc.

Los suspiros que arrojaba
Este nuevo Gerineldos
Eran muy crudos revueldos
Con que el alma penetraba;
Y entre suspiro y revuelto

Sacó un hueso de tocino,
Y una botilla de vino,
Diciendo, vida, bebeldo:
Muy bien la hablé yo, etc.

Dijo corrido el galán,
Jo, jo á mí? ¿Soy jo, jodio?
Mientes, mientes, amor mio,
Que mi padre es Reduan,
Y así te juro, Justina,
Como moro bien nacido,
Que de gana te convido
A tocino y á cecina.
Muy bien la hablé yo, etc.

Salimos de la iglesia llevando algo picado el molino del estómago, con ánimo de ir á moler debajo de nuestra carreta, y al salir de la iglesia, como yo vi tanto mirador por-banda, íbame hecha maya, y tenia por qué, pues iba de veinte y cinco, sin los de los lados. Llevaba

un rosario de coral, muy gordo, que si no fuera moza, me pudiera acotar á zaguan de colegio viejo; y tuviera la culpa el rosario, que parecia gorda cadena. Mis cuerpos bajos, que servian de balcón á una camisa de pechos, labrada de negra montería, bien labrada y mal corrida. Cinta de talle, que parecia visiblemente de plata. Una saya colorada, con que parecia qualque pimento de Indias ó qualque ánima de cardenal. Un brial de color turquí, sobre el cual caian á plomo borlas, cuentas y sartas, con que iba yo mas lominiesta y lozana que acémila de duque con sus borlas y apatusco. Un zapato colorado, no alpargatado, que en mi tiempo no se nos entraba á las mozas tanto aire por los pies. Mis calzas de Villacastín, algo desavenidas con la saya, porque ella se subia á mayores. Mas si los hombres mordieran con los ojos, segun fingieron los argotides, ¿qué de tiras llevara mi saya? Si los ojos de puro mirar se ausentaran de los párpados y desampararan sus encajes, como fingieron los oculatos, sin duda que me dejaran pavonada á puro engerir ojos sobre mí. Nunca gozamos las mujeres lo que vestimos hasta que vemos que nos ven. Y así, pude decir que hasta que vi que me miraban de puntería no supe lo que tenia puesto ni por poner. Mas en viendo que me miraban á dos coros aquellos disciplinantes, que estaban en ringla á la puerta de la iglesia, luego dí en lo que era. ¿Qué cosa es ver gente? Vive diez, que me entoné por mas de una hora, y que al mismo Narciso despreciará si por entonces llegara á mi puerta. Es necedad pensar que mujer estimada haya de hacer caso de quien la mira. Antes hará mercedes á un verdugo, si la amenaza con la penca, que favores á quien la quita una gorra y se le humilla. Somos como pulpo, que nos halla mejores quien nos hostiga mas; y véolo claramente en que habiendo por dos veces columbrado dos pollarrancones de los que no me solian saber á ruibarbo ni oler á cuerno, que si en otra ocasion los viera, por todo el mundo no dejara de decirlo un remoquete en el aire, porque esto de un conceto agudo siempre lo gasté; mas por verme tan llena de borlas y falsas riendas, tan ojeada y reverenciada, no los hablé mas que si estuviera en muda. Cierito que eran de oír. Unos me decian: Dios te bendiga, viéndome tan cariempollar. Otros guiaban con los ojos y me hacian el ademán del vino de al diablo, que es el mejor, segun Móstoles. Otros me hablaban con la boca del estómago.

Y en este número entra un tocinerero, obligado de la tocinería de Rioseco, muy gordo de cuerpo y chico de brazos, que parecia puramente cuero lleno. Unos ojos tristes y medio vueltos, que parecian de besugo cocido; una cara labrada de manchas como labor de caldera, un pescuezo de toro, un cuello de escarola esparagada, un sayo de nesgas, que parecia zarcera de bodega, unas calzas redondas, con que parecia mula de alquiler con atabales, unas botas de vasqueta tan quemadas, que parecian de vidrio helado, una espada con sarampon en la hoja y viruelas en la vaina, una capa de paño tau toscó y tieso, que parecia cortada de

tela de artesa. Con esta figura salia mas tieso que si fuera almidonado. Contentéle. Negra fué la hora. Pegóseme como ladilla. Quisome hablar, no supo. Quisese despedir, no pude. Iba tan junto conmigo como si tuviera de tarea el ingerir su bobería en mi picarazona.

Y de cuando en cuando, por hacerme la fiesta, hacia un rodeon de pescuezo, cuerpo y espada, que todo parecia de una pieza, y cada vez que volvia me asataba dos ojos del tamaño y color de los bodoques. Y á cada bdocada despedia un revueldo, y tras él, como cuando tras el rayo sale el trueno, me decia con una voz de mulo: Señora Justina, almorcemos, que no ha de faltar pan y vino, carne y tocino, queso y cecina. Yo, que nunca aguardo á desquitarme el miércoles corvillo, le dije: Jo, jo, jo, jo. El volvió, y con gran sinceridad me preguntó: ¿Con quien habla, señora? Yo dije: Señor, está aquí cerca mi pollino, el cual da fastidio, y si no digo esto, no habrá diablo que le eche de adonde está. Creyólo el buen Juan Pancorvo, que así se llamaba el malogrado, y volvióse á mirar atentamente mi pollino, rogándole, con el mirar de ojos, que por la amistad lo dejase. Maldígate Motezuma, tocinerero de Barrabás, que aun ahora no me parece que he acabado de abroquelarme de las estocadas que contra mí sacaste de la vaina de tu estómago y de los tiros de tu boca, tan secreta de palabras cuán pública de revueldos. Fué tanto el asco que me dió, que pensé que me dejaba conjurada la gana de comer por un año. Donde quiera que iba me seguía. No me valian trazas. A todo salia. No me dejaba. No á lo menos por lo que yo tenia de Elías ni él de Eliseo, que tan pecador era él como yo, salvo que él pecaba caballero en un asno, y yo al pié de la letra. El era bobo en grado superlativo. Tantos veces le deseché, que él se echó á pensar una traza con que me obligar. Y fué que echando mano á la cinta, desenvainó una botilla de vino, y de la faltriquera un zancarron de tocino, envuelto en un cernadero. Y con la bota en la mano me saludó, diciendo: Vida, mire qué belleza, viva y heba. Que es rico, rico, rico. Yo que me pico algo de poeturría, dije al mismo punto: Borrico, borrico, borrico, jo, jo, jo. El tornó á mirar si acaso yo hablaba con el pollino como la vez pasada, y viendo que el pollino no parecia, medio corrido, medio atolondrado, medio amante, medio enojado, me dijo: ¿Jo, jo á mí, Justina? ¿Soy yo jodio? Juro á san Polo, que era mi padre de la Alhambra y de los Reduanes, ¿mire cómo podia ser jodio? Yo, que oí ser Reduan, le dije: Oh, señor Reduan, pues si es Reduan de los finos, yo quiero ver cómo corre la vega en mi servicio. Vaya usted, ande este campo, haga gentilezas, y entre ellas una sea que me compre una sortija de azabache tan negra como estuviera ese sombrero suyo si estuviera bien teñido; y no se me enoje, que no le dije jo, jo, por motejarle de jodio. Muy léjos voy de eso. Y yo le diré el por qué cuando me compre la sortija. Por ahora no digo mas, sino que por tenerle por muy caballero le dije lo que le dije. Con esto conjuré

aquella fantasma, y fué á correr la vega pensando diligenciar la sortija, mientras yo diligenciaba el absconderme donde correr la sortija, quiero decir, huir de adonde me encontrase para darme la prometida.

Ciertamente que no hay cosa mas penosa que unos de estos caimanes enamorados. Son los tales como tiro, que si va muy atacado y dispara, vuelve en daño lo que pudiera ser de gusto y de provecho. Aquel necio mas provecho se hiciera si dijera con el corazon, no pudiendo ó no sabiendo con la boca, á mí que no pido. ¿Pues decir que supo él manifestar su cuidado? Mas que un jumento. En mi vida vi amor enalbardado, si no fué este. Miren qué aliño de dárseme á entender un hombre, que en vez de ardientes suspiros, despathaba por instantes revueldos, que salian de lo íntimo de la hiel, que eran harto mas á propósito de dar muestras de una infernal piscina que publicar tiernos sentimientos de un corazon herido dulcemente. De las palomas dicen las fábulas que las desterró del cielo el Dios de amor, aunque nieta y decendiente suyo. Y yo no hallo que pueda haber habido otra causa sino porque el Dios de amor tiene por asquerosos los amores del palomo, por cuanto van insertos en revueldos. ¿Miren cómo no me habia de ofender á mí amor tan aborrecible, que aun enfada el ahidalgado y sufrido Dios de amor? ¿Qué Celso amador habiamos encontrado, el cual á petición de su dama, que era amiga de oír músicas en carros triunfales, se trasformó en el carro y bocina del cielo para que su dama tuviese carro triunfal incorruptible, y juntamente música incansable? Reniego de su bocina roldana, que tal son ella me hizo. ¡Mirad por vuestra vida qué billetes en papel dorado! ¡Qué tercera sutilmente ingerida como cuña! ¡Qué dos mil patacones ojigallos para guantes! como á la ley del siglo dorado, que decia aquello que tradujo el poeta, y dice:

Si tienen puntas de oro las saetas,
Amor puede al seguro hacer sus tretas.

¿Qué pasacalles en falsete? Qué chinas al marco ó golpecitos de celosía? Qué coplas en esdrújulos? Qué canciones tan menudeadas, que unas á otras se alcanzasen, sino un revueldo y otro tras él? Por él se podia decir: ¿Suspiraste, vida mia? No, señor, sino regoldé. Corrida estoy de haber parecido bien á un tan mal pretendiente. Mas me holgara que dijera mal de mí, como el otro caballero que riñó con un gran murmurador, y le dijo: Señor Fulano, hanme dicho que todos los hombres honrados de este lugar os parecen mal y hablais mal de ellos, y que solo yo os he parecido bien, y decís bien de mí; pues juro á diez y á esta celuz, que si de mí hablais bien, os he de sacar la lengua por el colodrillo; que á quien tan mal le parecen tantos hombres honrados, córrome yo de parecerle bien. Decid mal de mí como de ellos para que entienda yo que soy tan honrado como ellos. Así que estoy corrida de haber parecido bien á este burrihombre. Mas pues no se queja el dorado y rubio sol de que le miren tantos feos,

y el cielo no se cansa de que le miren tantos bobos, quiero sobreseer del enfado con presupuesto de no acordarme de él sino fuere cuando tenga hipo tras carcajada. Solo digo que tornó á buscarme con la sortija; pero yo me hice reina de Tacamaca, que donde estaba no parecia, y estaba encobertada. Dejo esto. En resolucion, yo despedí á mi avechicho y me fuí á mi carreta, donde asentamos real yo y la parentela de Mansilla, donde comimos á dos carrillos lo que teniamos, y aun lo que no teniamos, y pasaron lindos chistes. Excusóme de ponerlos aquí el que, para hacer el retal de las Carnestolendas, llevé de mi casa listas de seda, que en otra tela vinieran bien. Digo que me hurtaron los escritos de lo que en todo este convite y sus chistes pasó. Y digamos á lo breve este paso, que, como dicen los labradores, cuento de socarro, nunca malo.

APROVECHAMIENTO.

Es tan sutil el engaño y engaños de la carne, que á los broncos, zafios é ignorantes persuade sus embustes, y embeleca con sus regalos.

3. — DEL CONVITE ALEGRE Y TRISTE.

Endechas con vuelta.

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Sentóse á comer
La hermosa aldeana,
La que come ojos,
Corazones y almas:
Dice mi apodos,
Lindezas y gracias,
Fortuna envidiosa
Las trueca en desgracias.
Que no hay placer que dure, etc.

Con boca de perlas
Mil perlas derrama;
Pero los villanos
Nada bueno alaban:
Que lo amargo es dulce,
Si hay voluntad sana;
Pero si está enferma,
Lo sabroso amarga:
Que no hay placer que dure, etc.

La envidia es arpa,
Tigre y fiera hircana,
Que en ajenos bienes
Halla muerte y rabia;
Y viendo Justina
Que esta la maltrata,
Con sentidas quejas
Así lamentaba:
No hay placer que dure, etc.

Mas considerando
Que fortuna es varia,
Trueca sus suprios
En gustos del alma:
Da higas al tiempo
Y á la vil mudanza,
Y al son de un adufe
Esto dice y balla:
No hay placer que dure, etc.

Despedida aquella fantasma tocinerera, aquel galan de ramplon, aquel galan inserto en salvaje, me acogí de-